

## Peripecias

**M**i ingreso a la Escuela coincidió con la gran fiesta conmemorativa de los 20 años y una exposición presentada en el Museo Nacional de Bellas Artes.

Al año siguiente estudiamos diseminados por ciudades a las que la red ferroviaria nos permitía acceder entre Valparaíso y Santiago. El ferrocarril fue la vía de evacuación ante los alborotados acontecimientos políticos y sociales que vivía el país. Los sucesos se desarrollaron de una aterradora e inesperada manera: golpe de Estado en Chile.

Nos fuimos acostumbrando al «reclutamiento» ante los prolongados toques de queda. Los estudios y proyectos se realizaban en la Universidad, en pensiones o en la propia casa. Si bien portábamos un carnet que nos autorizaba a dibujar en la ciudad, poca validez tenía ese documento si la mirada se desviaba de su eje hacia un recinto militar o un retén de carabineros. Circular por las calles como campo de estudio nos hacía sospechosos.

Las largas jornadas de trabajo —incluidas las extensas noches— eran matizadas por estimulantes y cariñosos saludos de ánimo entregados por esa única radio de traspase que nos alentaba por medio de saludos con nombres y apellidos. Era una ingeniosa manera de mantenernos unidos a pesar del aislamiento que nos había sido impuesto.

Los que nos iniciamos en Diseño de Objetos desde temprano percibimos el rigor. Las exposiciones finales en período de examen con láminas de gran formato dibujadas y escritas a mano, los modelos y los prototipos, todo se veía como un logro inalcanzable. Aun así, ese futuro apabullante nos causaba admiración y entusiasmo.

El milímetro fue una medida «holgada» y no tardamos mucho en hablar de décimas de milímetros. Las lapiceras rapidograf ordenadas

en sus respectivos hidrómetros sobre los tableros eran las primeras indicaciones de estas medidas. El tablero no era un mueble, sino un lugar en donde se sellaba a mano toda definición creativa: no exagero al decir que allí estaba todo. Hoy equivale a portar un notebook. Y los productos Rotting a poseer la marca Apple.

En **1974**, el Curso del Tacto fue un hecho significativo. No solo nos permitía salir a recorrer la ciudad, sino a trepar por las quebradas de Valparaíso en busca de datos de algún tornero o una carpintería que tuviese la paciencia para escuchar nuestros petitorios. (Sana envidia a los apoltronados gráficos agrupados en sus tableros, que en el segundo piso accedían al taller fotográfico, al set, a la imprenta offset. La factibilidad de sus obras tenían una distancia más corta). Los materiales tenían aromas, densidad, textura, viscosidad, fibras, se componía con ellos hilvanando conceptos como la transmutabilidad, la plegabilidad, la automatización...

Eran años de una escuela en plenitud, con todos sus referentes fundadores y jóvenes entusiastas discípulos. Y no quisiera dejar de nombrar a los que sostuvieron el diseño en sus inicios: Fabio Cruz, Boris Ivelic, Juan Baixas, Juan Ciorba y Fernando Antequera. ¡Ya vendrán otros horribles trabajadores!

Ricardo Lang Viacava